

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

Experiencias de historia con adultos mayores.

Mosquera, Horacio, Diakow, Gustavo, Neville, Julia, Robles, Mariana, Rosendo, Juan Pablo y Veronelli, Agustina.

Cita:

Mosquera, Horacio, Diakow, Gustavo, Neville, Julia, Robles, Mariana, Rosendo, Juan Pablo y Veronelli, Agustina (2005). *Experiencias de historia con adultos mayores. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/535>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Xº JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Rosario, 20 al 23 de septiembre de 2005

Título: Experiencias de historia con adultos mayores.

Mesa Temática 57: "Marginación y exclusión: otra forma de pensar la agonía y la muerte"

Pertenencia institucional: UBA Filosofía y Letras y Ciencias Sociales. Depto de Historia

Autor/res: Profesores Horacio Mosquera (Ay 1de Historia Social Latinoamericana. Carrera de Sociología)

Gustavo Diakow (Ay 1 Historia Moderna. Carrera de Historia)

Estudiantes: Neville, Julia. Robles, Mariana. Rosendo, Juan Pablo y Veronelli, Agustina.

Zelarrayan 967 depto. 1. 49235038. hormos2004@yahoo.com.ar

Introducción

Si la muerte es entendida como negación de la vida, la vejez, como etapa inmediatamente anterior a la muerte, es generalmente caracterizada a partir de la negación de expresiones de vitalidad. Se suele hablar de la vejez como un momento de la vida en que ciertos atributos y capacidades físicas, mentales y afectivas se ven erosionados, como un momento de decadencia. Incluso, cuando una persona mayor da muestras de poseer una actitud vital, energía y proyectos, suele afirmarse que no parece tener la edad que tiene. Las personas mayores son, entonces, las que ya no están empleadas, las que ya no tienen proyectos, las que ya no pueden valerse por sí mismas. Se trata de personas de las que, en definitiva, la sociedad ya no puede esperar prácticamente nada. La relación de proximidad entre vejez y muerte lleva a identificar a la primera, entonces, con "ausencia de" o "deterioro de" de modo que esta caracterización se realiza por vía negativa. No aparece ningún atributo que sea propio de la vejez y que tenga un valor positivo.

Esto nos lleva a preguntarnos, desde el campo de la historia si no estamos, sin embargo, ante personas que tienen muchos años vividos en su haber, y que pueden ofrecernos una mirada sobre el pasado del que han sido protagonistas. Esta mirada, por supuesto, no tiene por qué regirse por los criterios metodológicos de la disciplina histórica, no obstante puede plantearnos, en cambio, ciertas preguntas con respecto a nuestra propia visión del pasado, además de constituir material para reconstruir modos de comprender la realidad y también de sentir con respecto a la misma.

A partir de la Revolución Industrial, el proceso de urbanización y los cambios de conductas demográficas, se produce una ampliación de la esperanza de vida en forma exponencial. Nunca en la historia hubo tantas personas mayores de 60 años como en la actualidad, tanto en términos relativos como absolutos. La Asamblea Mundial sobre Envejecimiento estimó en 1999 que 600 millones de personas pertenecían a la tercera edad. La Argentina es hoy una de las sociedades más envejecidas de América Latina. En 1950 contaba con un 7% de personas mayores de 60 años sobre el total de la población. Dicha cifra aumentó al 13% en la década de 1990 y se calcula que para el año 2030 la población mayor de 60 años llegará al 17,5%, con una población total de 48 millones de habitantes. La ciudad de Buenos Aires tenía en la década del '90 un 22% de personas mayores de 60 años entre sus habitantes¹.

Desde la segunda mitad del año 2003 se realizan, en el marco de los Hogares de Día para la Tercera Edad de la Ciudad de Buenos Aires², talleres de historia a cargo de estudiantes y profesores de la carrera de Historia de la UBA. Esta experiencia nos ha llevado a cuestionar nuestras propias preconcepciones con respecto a la vejez pues consideramos que se trata de un espacio en el que los asistentes muestran otras facetas de la misma relacionadas no ya con la muerte sino con un impulso vital. Al mismo tiempo, la experiencia en los talleres nos condujo a formular ciertos interrogantes respecto de nuestra propia práctica y del significado que la historia puede adquirir para los adultos mayores.

En esta ponencia nos proponemos dar cuenta de esta experiencia llevada a cabo en los márgenes de los mecanismos tradicionales de difusión de la historia así como también dar cuenta de una actitud vital de los participantes ante la imagen de la cercanía de la muerte. En este sentido se trata de relevar dos situaciones que se consideran a primera vista marginales: la de los profesionales que trabajan por fuera de las instituciones académicas y la de aquellas personas que, por su situación etárea y por su relación con el sistema productivo y de consumo, quedan marginados en la producción intelectual y cultural de nuestra sociedad.

¹ Odonne, Maria Julieta, Dimensiones Sociales de la Vejez 1991

² Los Hogares de Día para la Tercera Edad son ámbitos donde los adultos mayores concurren durante horas diurnas a realizar diferentes actividades. Ver Grobba, Gabriela y Ravanno, Gabriel Políticas Publicas y Democracia Social

Comenzaremos con la descripción de la experiencia, teniendo en cuenta su trayectoria, el ámbito en el que se desarrolla, su modo de funcionamiento y sus objetivos. Luego abordaremos los problemas que se nos fueron planteando a partir de la experiencia en los talleres. Nos referiremos a las representaciones sociales respecto de la vejez y de la historia. Intentaremos, de este modo, responder por qué es que los talleres de historia se asocian más con una actitud vital y activa que con una actitud melancólica y pasiva.

Consideramos que la presentación de esta experiencia puede contribuir a la discusión de problemáticas vinculadas a la difusión de la historia y también puede resultar de provecho a quienes deseen emprender actividades similares en el futuro.

La experiencia de los Talleres de Historia con adultos mayores

Los talleres de historia que se realizan en los Hogares de Día de la Ciudad de Buenos Aires comenzaron a mitad del año 2003 como una experiencia piloto en siete hogares. Este año llegaron a abarcar la totalidad de los mismos³, con lo cual el número de participantes gira alrededor de las 350 personas. Quienes concurren a los Hogares de Día son adultos mayores⁴ autoválidos. No están obligados a participar de todos los talleres que se desarrollan en los hogares, de modo que se puede considerar que la participación en los talleres de historia parte de una elección.

Los talleristas son estudiantes avanzados de la carrera de Historia de la Universidad de Buenos Aires, que cuentan con la coordinación de dos profesores egresados de la misma Universidad. Cada semana se realiza un encuentro entre los talleristas donde se discuten los temas a tratar en los talleres, los problemas que puedan surgir en cada hogar y donde también se reserva un espacio para la reflexión sobre la propia práctica.

La elección de los ejes temáticos⁵ a trabajar se realiza teniendo en cuenta cuáles son los procesos históricos que los participantes han vivido, de modo que sea posible articular la propia experiencia con procesos históricos más generales. Cada mes se trabaja un eje temático distinto, en encuentros semanales de aproximadamente una hora de duración. A

³ Ver anexo.

⁴ Se considera adulto mayor a toda persona mayor de 60 años.

⁵ Los ejes temáticos trabajados fueron: Historia del Cine, Teatro, Inmigración, Genero, Tango, Radio, Televisión, Derechos Humanos, Mundo del Trabajo, Artes, Folklore, Historia de la Ciudad de Buenos Aires, para concluir en una reconstrucción de la Historia Barrial según la zona de cada hogar

modo de cierre de cada eje se propone una actividad integradora de los contenidos abordados, que adquiere distintas formas: proyección de películas, visitas a museos, charlas con invitados especiales, festivales, etc.

El modo en que se trabaja en cada taller varía de acuerdo al hogar y al tallerista, pero en general se trata de una exposición, a partir de la cual los participantes van rememorando y comentando sus propias experiencias respecto del tema abordado. El tallerista se propone dotar al encuentro de un marco histórico partir del cual los concurrentes al taller articulan y resignifican su historia personal.

Representaciones sociales de la vejez

Existen prejuicios cuando desde el sentido común se piensa o se habla de “lo que significa ser anciano”. Estos mitos sobre las personas de edad pueden ser producto de la relación directa que se establece entre vejez y cercanía de la muerte.

Según René A. Knoppof⁶ existen dos aspectos relacionados con la tercera edad. Por un lado el biológico: los cambios fisiológicos y corporales; y por otro el aspecto social, que refiere al papel que se le otorga a las personas que alcanzan determinada edad. Dentro de este campo se elaboran los mitos y prejuicios comúnmente relacionados con la vejez que derivan de la situación de retiro y jubilación, pérdida de condiciones y aptitudes físicas y cercanía a la muerte.

Knoppof enumera los prejuicios sociales más frecuentes:

1. El viejo no aporta nada útil
2. No debe enterarse de cosas negativas porque lo afectan.
3. Ya esta viejo para trabajar.
4. No puede decidir por si.
5. Los viejos tienen muchos accidentes en el hogar.
6. No son responsables y pierden las cosas.
7. Le gusta vivir aislados.
8. No tienen necesidades personales.

⁶ Zolotow, David, “Vejez y derechos humanos. De la declaración a la acción”, Hechos y Derechos: año internacional de las personas de edad (1999) n°6, Subsecretaría de derechos humanos y sociales.

Se puede establecer que el viejo como ser marginal se constituye a través de un proceso histórico que presenta dos variables. Se trata, por un lado, de la estructura socio-económica vinculada al desarrollo industrial, la urbanización, los cambios de comportamientos y de allí la ampliación de la esperanza de vida en forma exponencial⁷ y, por el otro, de una concepción negativa de la vejez en el plano de las representaciones.

En nuestro país, tras la caída del Estado de Bienestar, cuyas políticas jubilatorias eran favorables a la vejez, se produjo una precarización en la condición de vida de los ancianos. El sujeto del sistema es el trabajador que durante su vida activa o mejor dicho dentro del sistema productivo debe realizar ciertos aportes junto con su empleador para luego de cierta edad poder acceder a un descanso remunerado en concepto de salario diferido⁸.

Este sistema comenzó a entrar en crisis a partir de la década del 70, coincidiendo también con un ciclo económico que puso fin nivel mundial con la experiencia del Estado de Bienestar. A comienzos de la década de 1970 los problemas que debió enfrentar la mayoría de las economías europeas afectaron el desarrollo de los programas sociales. El envejecimiento de la población profundizó esta crisis, planteándose problemas en las finanzas de los sistemas previsionales. Las restricciones económicas de los 70 exacerbaron la puja distributiva, en la que los sectores más viejos de la sociedad se encuentran en una situación de relativa debilidad, pues debe competir con grupos con mayor capacidad para influir en las decisiones presupuestarias.

Desde fines de la década de 1980 se observa un deterioro en la calidad de las prestaciones de la Seguridad Social, siendo el problema más grave el de la caída de los haberes previsionales. Esta caída tiene que ver con una serie de procesos sociales que se dieron en nuestro país:

⁷ A partir de la revolución industrial aparece una tendencia, que se desarrolla de manera diferencial en todo el mundo, de disminución de la tasa de mortalidad y aumento de la esperanza de vida. Para el caso argentino, Nélica Redondo explica que a principios del siglo XX las condiciones prósperas de la economía fueron acompañadas por cambios en las condiciones de vida de la población. La tendencia de disminución de la natalidad, y la incorporación de algunas mejoras a nivel infraestructural determinaron la disminución de la mortalidad y el envejecimiento de la población del país, entre estas mejoras ella menciona “la creación de facultades de medicina, el mejoramiento de la vivienda popular, el tendido de redes cloacales y alcantarillado, la construcción de rutas y la extensión de la red ferroviaria, darían por resultado el progresivo aumento en la esperanza de vida de la población” (Redondo, Nélica 1999, p.46)

⁸ Laura Golbert, Capítulo II El bienestar de los ancianos: un problema para la seguridad social. en René A. Knopóff y María Julieta Oddone las dimensiones sociales de la Vejez

- a) El nivel del salario y el mercado laboral. Durante la década de 1980 se observa un proceso de deterioro de los salarios reales, además de una creciente precarización de las relaciones laborales, al aumentar el empleo no registrado y el subempleo.
- b) La creciente evasión, consecuencia del comportamiento del mercado laboral.
- c) El aumento en el número de beneficiarios, que prácticamente se duplicó entre 1972 y 1987.
- d) El envejecimiento de la población. A partir 1950 la Argentina ha entrado en un franco proceso de envejecimiento, con un aumento del peso relativo de las personas de 60 años y más. La relación numérica entre los activos que cotizan y los beneficiarios de prestaciones ha ido disminuyendo. Hoy la Argentina es una de las sociedades envejecidas de América Latina. En Argentina (1999) sobre la totalidad de hab. 13.5% son ancianos, para el 2030 se estima que sean 17.5% de la población.

En este marco los adultos mayores se vieron expuestos a una serie de procesos de precarización importantes. Por un lado, la expulsión del mercado laboral: las empresas libres de proceder trataron de contratar personal joven peor remunerado, y expuesto a tratos más precarios y de expulsar personas mayores con mayor experiencia que le representaban un mayor gasto. Es aquí donde se puede observar una gran cantidad de personas que no tienen la edad suficiente para jubilarse y que se encuentran sin trabajo. Por otro lado, la caída de los haberes jubilatorios determinó que muchos no pudieran abandonar el sistema productivo y que siguieran trabajando en condiciones precarias, sin ningún tipo de aportes. En otros casos esta caída de haberes o la imposibilidad de acceder a la jubilación por ser expulsados antes del sistema productivo generó una dependencia de las redes estatales, familiares o comunales cuando estas existían, o un estado de desprotección importante.

Esta caída de las redes de contención produce cambios en el comportamiento de los adultos mayores. Los sujetos abandonan la pasividad y el extrañamiento político para pasar a ejercer un rol mas activo tanto a través de instituciones de la sociedad civil como de

estructuras sindicales y partidarias, convencidos de que deben ejercer por ellos mismos la defensa de sus derechos⁹.

Sin embargo, el deterioro de las condiciones materiales de existencia de este grupo etareo tiene su correlato en el plano de las representaciones. La relación entre sujeto y estructura productiva, representada por el retiro de la persona de las funciones laborales o productivas, profundiza la sensación colectiva de que la vejez es un momento de ausencia de utilidad relacionado con esta desvinculación del sujeto del sistema laboral.

El envejecimiento es un proceso dinámico, gradual, natural e inevitable, que se desarrolla en los aspectos biológicos, psíquicos y sociales de los sujetos y que está estructurado en torno al tiempo¹⁰. Cada sociedad atribuye un significado diferente a la vejez, a partir del cual se designarán status, roles y mandatos, se definirán los posibles problemas de las personas mayores y se elaborarán las respuestas a los mismos. Los viejos, moldeados por el imaginario social de cada sociedad, asumen el mandato y lo reproducen reforzando las representaciones sociales sobre la vejez. La forma de envejecer y de enfermar es un proceso social que depende de la interacción entre el sujeto y el medio.

En este marco nos preguntamos ¿los diversos perfiles de los ancianos se condicen con la realidad? Definitivamente existe cierto mito acerca de la vejez como “colectivo etareo”: el decir que los hombres y las mujeres tienen una estructura de pensamiento determinada o una forma de ver la realidad de acuerdo a su edad, por ser ancianos, por lo tanto que todos los ancianos son similares, “los viejos piensan así”, “qué les vas a preguntar a ellos”, “los viejos son como niños”, “no pueden”, “no se dan cuenta”, “no lo van a entender”, “son caprichos, son tercos y no razonan” . Nuestra experiencia de trabajo en los talleres nos lleva a reflexionar también sobre la problemática del envejecimiento como un hecho biológico solo en medida mínima. El hombre no es en si mismo un ser biológico, entendido esto como “natural”¹¹

Además pudimos observar que múltiples conflictos atraviesan este “colectivo”: posición en las clases sociales, nivel cultural, intereses o inquietudes individuales, posiciones

⁹ Grobba-Ravanno, op. cit.

¹⁰ Graciela Walter, Autonomía en la Vejez y Derechos Humanos, Monografía del Curso Anual de Educación para el Envejecimiento, Rosario Mayo de 2004.

¹¹ Grobba-Ravanno . Op Cit.

políticas y partidarias, género, experiencias vividas y subgrupos etéreos. Esto nos permite ir hacia el interior del gran colectivo “adultos mayores”, de forma mas real y enriquecedora a la hora de derribar mitos sobre la vejez en tanto figuras de abuelitos dulces y buenos o ancianos huraños y molestos¹².

En este sentido, Nora Fioravanti, en su artículo llamado “Envejecimiento y conducta”¹³, advierte acerca de la importancia de tratar de evitar las designaciones generales como “los ancianos” o “la ancianidad”, y también ciertas afirmaciones generales como por ejemplo “los ancianos duermen menos que los jóvenes” o “los ancianos son egoístas”.

Marcelo Piña Moran ¹⁴propone considerar a la vejez como una etapa distinta a las vividas previamente donde las limitaciones se corresponden con las condiciones presentes en el contexto social, así como por las características individuales de los sujetos. Sostiene que si bien existen ciertas limitaciones en la vejez también es preciso resaltar sus potencialidades, como por ejemplo la experiencia, la madurez vital y la serenidad de juicio, lo que nos permite observar que aún con menor repercusión que las imágenes negativas también existen imágenes positivas como las que el está expresando.

Creemos que es acertado pensar en un sujeto que envejece y no solamente en una categoría o entidad llamada vejez; un sujeto real con sus necesidades reales de acuerdo a un anclaje de tiempo, espacio y situación material, con vivencias propias y únicas de acuerdo a su subjetividad pero cotejables con otros desde las diferentes historias que confeccionan el damero de la Historia.

Las representaciones del pasado en los Talleres de Historia con Adultos Mayores

Los mecanismos tradicionales de transmisión de la historia durante el siglo XX han tenido en el centro la labor de la escuela. Desde los inicios de la Historia como disciplina escolar, ésta se ha encargado de la formación de ciudadanos y ha tenido un matiz nacionalista altamente influenciado, en el caso argentino, por la obra de Mitre. Los

¹² Odone M. J., “Envejecimiento y cambio social”, *Hechos y Derechos: año internacional de las personas de edad* (1999) n°6, Subsecretaría de derechos humanos y sociales.

¹³ Fioravanti, Nora. “Envejecimiento y Conducta” en: *Revista Psicoanálisis y Medicina. Hacia la interdisciplina.* N°8 segundo semestre 1995. Año V.

¹⁴ Pág. 45. Metodología social aplicada. Visiones estratégicas para el trabajo social. Espacio Editorial Buenos Aires.

docentes de escuelas primarias o secundarias se dirigían a un auditorio en su mayoría infantil, adolescente o juvenil.

Durante el siglo XX, nuevos mecanismos de divulgación permitieron la recepción de la Historia a un público más variado. La venta de libros, enciclopedias o revistas que atraviesan los temas históricos se ha masificado¹⁵. También se han ensayado experiencias radiales o televisivas que no siempre han estado en manos de historiadores formados en las universidades, pero es de destacar que algunas han tenido un gran éxito. Estas producciones frecuentemente apelan a la Historia como una maestra de experiencias, que pueden servirles a quienes protagonizarán el porvenir para no cometer los mismos errores.

Es difícil saber qué público puede frecuentar un programa de historia, o un libro, pero debemos plantearnos si ante el crecimiento de la esperanza de vida de la población mayor de 60 años, no estaremos ante un nuevo público lector. ¿Cómo debemos relacionarnos los que nos dedicamos a la producción histórica ante estos “contadores de historias”? ¿Cuál podría ser el mejor aporte de la disciplina histórica a sus capitales históricos propios? ¿Podemos nosotros acercarles herramientas que los ayuden a perfeccionar sus propios relatos, o tal vez a cuestionarlos y a construir conjuntamente nuevas visiones acerca del mismo pasado?

La comprensión de la propia historicidad por parte de los asistentes a los talleres constituye para nosotros un horizonte complejo, pero consideramos a los adultos mayores no sólo como meros portadores de testimonios. Por ello se ponen en juego diversas representaciones del pasado y con ellas también diferentes apelaciones sobre el rol del historiador

Las apelaciones hacia la historia y a nuestra función de historiadores o futuros historiadores, que observamos desde los asistentes, están vinculadas a la imagen decimonónica, de ser custodios de la conciencia nacional. Esto implica por un lado el pedido de trabajar sobre próceres, batallas, fechas patrias, la historia política tradicional, por otro lado el mito: “el profesor tiene la razón”. Algunos asistentes no aceptan la

¹⁵ “En el *Informe Preliminar de la Encuesta Nacional de Lectura y Uso del Libro*, de mayo de 2001, se señalaba que entre los “temas” más leídos aquello que los encuestados llamaban historia ocupaba el primer lugar (...) libros como el de Ignacio García Hamilton, sobre San Martín, el de Pacho O’Donnell, sobre Rosas, o el más reciente de Jorge Lanata, que llegado a los 100.000 ejemplares en muy poco tiempo”(Cattaruzza, Alejandro, “Historia en tiempos difíciles”, www.revistatodavia.com.ar, 2002).

divergencia y exigen que se ponga orden, que el tallerista indique quién tiene razón en la discusión para anularla:

“Pero vos que sabes, callate! Quiero escuchar a la profesora” (Hogar de Día n° 21, Barrio de Mataderos)

Esta apelación al tallerista en tanto autoridad se produjo a propósito de una discusión durante el desarrollo del eje “mundo del trabajo”, en el cual el tema del peronismo se volvía recurrente y producía discusiones muy apasionadas.

Esta imagen se construye y se reproduce desde el ámbito escolar y los medios de comunicación. El acercamiento al conocimiento histórico en los asistentes está mediatizado por su experiencia en la educación escolar. Como señalamos previamente, la enseñanza de la historia ha sido y es funcional al estado-nación, debía fomentar el sentimiento de pertenencia nacional, tanto en su variante academicista como revisionista. Así, resultan importantes las hazañas de los próceres que contribuyeron a crear la colectividad, y si estos cometieron errores ahí están los males de nuestra sociedad. Esta concepción de la historia como detectora y custodia del ser nacional se refuerza también desde los medios de comunicación, Entonces aparecen cercanos al festejo o conmemoración de una fecha patria debates acerca de la figura del personaje histórico en cuestión e incluso se trata de recrear esa fecha con la intención de mostrar “lo que verdaderamente pasó”. Incluso la demanda editorial sobre libros de historia en los últimos años refleja esta búsqueda.

No está entre nuestros objetivos reforzar estas imágenes. No consideramos que el conocimiento histórico deba contribuir a fortalecer el espíritu nacional para generar buenos ciudadanos, respetuosos de los mitos que nos constituyen como colectividad.

La noción de colectividad permite al hombre combatir la soledad, la evidencia de la propia muerte. Esta noción en los adultos se funda en el pasado, de allí el interés que despierta en ellos la historia. Por eso creemos válido hacer historia con adultos mayores, despojando a la noción de colectividad el carácter esencialista.

Creemos que el conocimiento histórico puede contribuir a fortalecer el pensamiento crítico, a reconocer cuestiones, a valorar diversas experiencias. Por ello propiciamos en los encuentros los debates, la búsqueda de explicaciones, el reconocimiento de la experiencia personal. De esta forma, la construcción del conocimiento histórico no resulta unidireccional a la vez que no cobra sentido sólo para los asistentes sino también para los

talleristas. Con respecto a nuestra condición de talleristas de historia, nos encontramos con una estructura de trabajo más flexible que la de la educación formal. Esto posibilita una participación activa en la toma de decisiones dentro del ámbito grupal en cuanto a contenidos, bibliografía y metodología de trabajo. Los encuentros semanales que realizamos constituyen el espacio en el que se discuten los mismos y se comparten las experiencias de los talleres, esto genera nuevos conocimientos a la vez que permite que exista una coordinación efectiva entre los diferentes talleres. Este espacio resulta importante a la hora de evaluar nuestra propuesta y la interacción que se genera.

En esta instancia podemos decir que una importante estrategia desde los talleres de Historia es el tratar de apelar a las reminiscencias de los concurrentes de modo que estos, al reconectarse con sus afectos pasados, elaboren elementos presentes para re-escribir sus propias historias y sostener mejor sus identidades. Cuando hablamos de “reminiscencia”, otorgamos a este concepto un valor positivo: “Se trata de un discurso constante que elabora una persona sobre su propio pasado”¹⁶, y que se acentúa a medida que la persona crece. Este proceso que comúnmente es visualizado como algo negativo, cobra otra dimensión para el trabajo propio de la historia. A través de la reminiscencia se puede conectar los recuerdos de la vida privada de cada asistente y el contexto histórico que bordea y da densidad al contenido del taller. Por ejemplo, uno de los asistentes recordó con respecto a la Historia del Cine lo siguiente:

“No solo las películas eran distintas a las de ahora sino también los cines y la actitud de la gente que iba. Yo me pasaba toda la tarde en el cine. Daban como tres películas y hasta había intervalos con números vivos; además las familias traían comida y la convidaban. Además se hablaba de la película mientras la veíamos y nadie te decía nada” (Camilo asistente del Hogar n° 3 del barrio de Flores)

Camilo recordaba junto al grupo la década del 50, época de mucha producción nacional, cuando a los actores se los conocía por provenir de la radio y gozaban de cierta familiaridad con el público, y narraba una salida familiar contraponiéndolo con la época actual donde los lazos de solidaridad social y pertenencia barrial se han deteriorado. El impulso vital que puede generar la actividad de los talleres de historia se relaciona con la valoración que se

¹⁶ Liliana Gastròn y Haydèe Andrés “La reminiscencia, una función para hacer Historia.” Extraído de Revista argentina de clínica psicològica, pàg. 160 –

hace en este espacio del rol social de los adultos mayores teniendo en cuenta el aporte que los mismos pueden hacer a la Historia desde el lugar específico que ocupan. De este modo, es posible ver en la condición de adulto mayor una dimensión positiva en vez de considerar que el envejecimiento solo conlleva pérdida y deterioro.

Creemos que es muy importante para las sociedades el viabilizar la transmisión oral o escrita de la herencia cultural, ya que esto conlleva un sentido de trascendencia que genera actitudes vitales en cualquier etapa de la vida de los sujetos y contribuye a aceptar, en mejor medida, la idea de la muerte. En el sentido de lo expuesto podemos decir que en la etapa de la vejez el sujeto tiene la posibilidad de reencontrarse con su pasado y resignificarlo a través de la oralidad y de las historias de vida escritas, y, en la medida que se adscribe a una cultura determinada, puede transmitir su acervo a las generaciones venideras permitiendo a la persona ser un puente de relación intergeneracional.

Conclusiones

Esta ponencia se inscribe en el marco de un proceso de reflexión sobre nuestra propia práctica, reflexión que se viene realizando desde que comenzaron los talleres. Esto remite a un proceso de revisión constante y no a un producto terminado. Si bien consideramos que se trata de una labor arriesgada, ya que somos al mismo tiempo sujetos de la práctica y objeto de análisis, creemos importante asumirlo y realizarlo dado que no hemos encontrado, dentro de nuestra disciplina, material sobre Historia con adultos mayores. La mayor producción proviene, en cambio, de campos como la sociología, la medicina y la psicología. Cabe mencionar también que el pensar en trabajar con adultos mayores nos llevó a consultar a profesionales de otras ciencias. Los encuentros mantenidos con ellos fueron productivos y nos ayudaron a profundizar algunas de nuestras observaciones.

Por otro lado, en esta experiencia de reflexión (y en la práctica de los talleres) nos enfrentamos con imágenes y mitos acerca de la vejez y reconocimos asimismo nuestros propios prejuicios. Es interesante pensar estas representaciones, relacionadas mayormente con actitud de pasividad, adscriptas a una cultura y sociedad determinada, e influenciadas por el devenir histórico..

Pensar la historia en relación con los adultos mayores nos ha llevado a preguntarnos si la historia es capaz de generar un impulso vital a partir de la resignificación de la propia experiencia de vida.

En el marco de esta experiencia, el impulso vital de los adultos mayores se manifestó de diversas maneras: en el alto índice de participación en una actividad voluntaria, en el carácter acalorado de las discusiones y los debates, en el interés por la preservación y el cuidado del espacio del taller, en la búsqueda y presentación de materiales por parte de los concurrentes al taller, en la propuesta de temas a tratar y en el trato afectivo hacia el tallerista.

El impulso vital que genera esta actividad se relaciona con la valoración que hacemos desde nuestro campo del pasado que recuerdan. De esta manera, se crea un espacio en el que se rescata su capital social.

Estas actitudes que remiten a un impulso vital dieron por tierra con algunos de los prejuicios de los que nosotros mismos éramos portadores.

Visto desde otra perspectiva, También tuvimos que enfrentar ciertas representaciones con respecto a la historia, a través de las que se la asociaba con una asignatura aburrida, con un recuento de fechas, etc. Otra de las representaciones desde la cual los concurrentes nos miraban, giraba en torno a la figura del profesor, que remitía a sus experiencias en la educación escolar, donde es el docente quien establece los criterios de verdad.

Finalmente, el aumento en la esperanza de vida que se ha registrado en el último siglo, se traduce en la existencia de un número cada vez mayor de adultos mayores. Se constituye de este modo un nuevo público que muestra interés por la historia. Desde nuestra experiencia en los talleres nos preguntamos de qué modo los profesionales de la historia orientan su trabajo hacia este público. Esto último queda como un interrogante a contestar en futuras investigaciones.

CIFRAS

La Asamblea Mundial del Envejecimiento de la ONU considera una estructura demográfica envejecida cuando el grupo mayor de los 60 años supera el 7% del total de la población.

El envejecimiento poblacional es un proceso que se dio en todo el mundo. En 1999 600 millones de personas pertenecían a la tercera edad.

La Argentina es hoy una de las sociedades más envejecidas de América Latina. La ciudad de Buenos Aires tenía en la década del '90 22% de personas mayores de 60 años entre sus habitantes.

La Argentina contaba en 1950 con un 7% de personas mayores de 60 años, sobre el total de la población. Dicha cifra aumentó a 13 % en la década de 1990. Se calcula que para el año 2030 la población mayor a 60 años llegará al 17.5% con una población de 48 millones.

La esperanza de vida ha aumentado: de 50 años a 73 aumentó en la década de 1990, superando en 7 años la expectativa de las mujeres. Estas superan en número a los hombres: existen 80 hombres por cada 100 mujeres.

